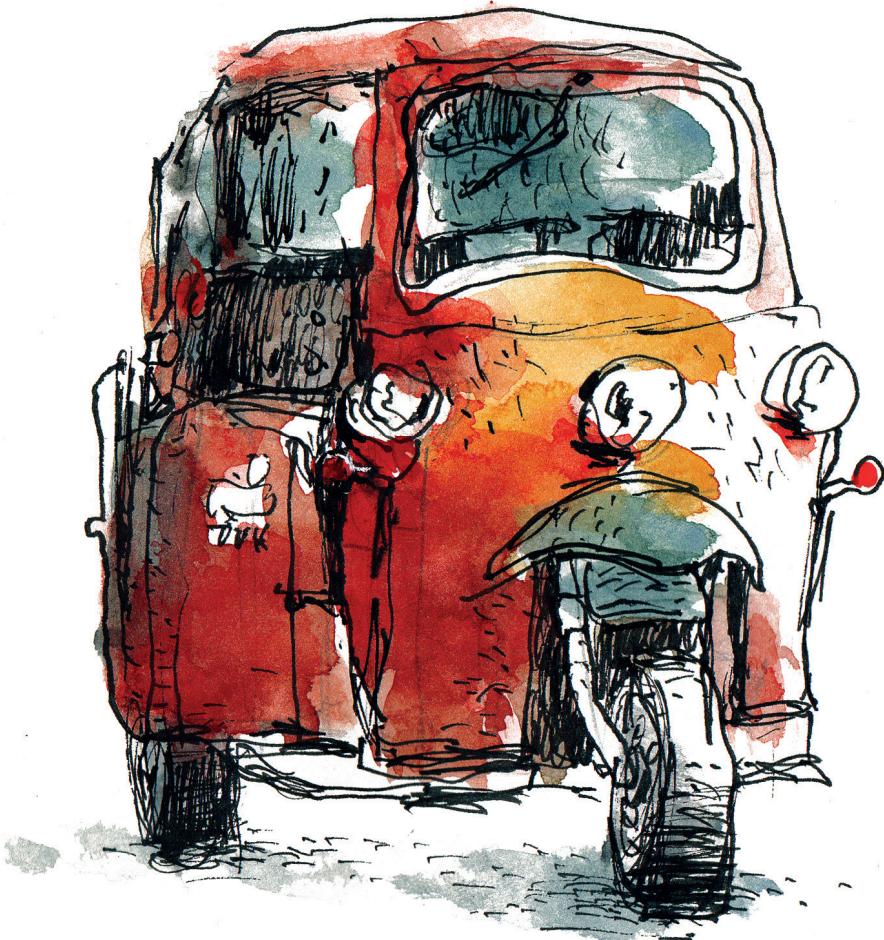


¡Apretad los cinturones y buen viaje!

Cuaderno de Lisboa

bocetos y apuntes a corazón abierto de
Miguel Bastante



eus EDITORIAL
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

Sevilla 2025

Comité editorial de
la Editorial Universidad de Sevilla:

Araceli López Serena

(Directora)

Elena Leal Abad

(Subdirectora)

Concepción Barrero Rodríguez

Rafael Fernández Chacón

María Gracia García Martín

María del Pópulo Pablo-Romero Gil-Delgado

Manuel Padilla Cruz

Marta Palenque

María Eugenia Petit-Breuilh Sepúlveda

Marina Ramos Serrano

José-Leonardo Ruiz Sánchez

Antonio Tejedor Cabrera

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Editorial Universidad de Sevilla.

Todas las ilustraciones que aparecen en esta obra
son originales de Miguel Bastante

© Editorial Universidad de Sevilla 2025

C/ Porvenir, 27 - 41013 Sevilla.

Tlf.: 954 487 447; 954 487 451

Correo electrónico: info-eus@us.es

Web: <https://editorial.us.es>

© Miguel Bastante 2025

Impreso en papel ecológico

Impreso en España-Printed in Spain

ISBN 978-84-472-2794-5

Depósito Legal SE 1259-2025

Diseño, maquetación y realización de cubierta: Akemi Katano

Impresión: Podiprint

«A mi pequeña Eriko»

Recompensa de vida

A mi querido amigo José Antonio Cabrera por su dedicación, sus enseñanzas y consejos. Por sus conocimientos desde la profesionalidad y experiencia; gracias por guiarme en este recorrido que ha sido clave para tan maravilloso viaje.

A mi compañero Bernardo Romero por su generosidad, por su tiempo y por compartir sus experiencias. Pero también por su sensibilidad y por coincidir en la manera de ver y sentir las cosas; gracias por tus palabras y sabios consejos.

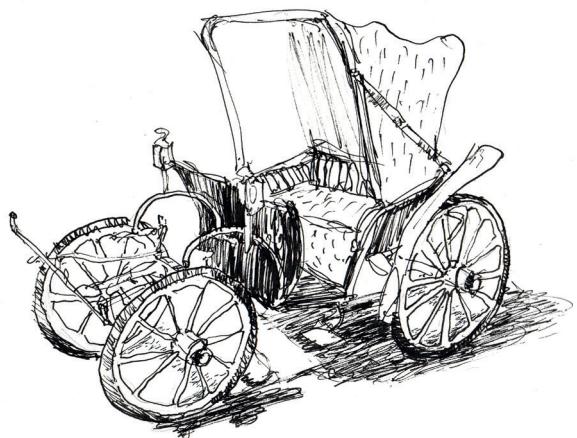
Y a mi compañera de vida Akemi Katano por su apoyo incondicional. Por estar a mi lado y compartir este apasionado viaje; gracias por la motivación para perseguir mis sueños y convertirlos en realidad.

Índice



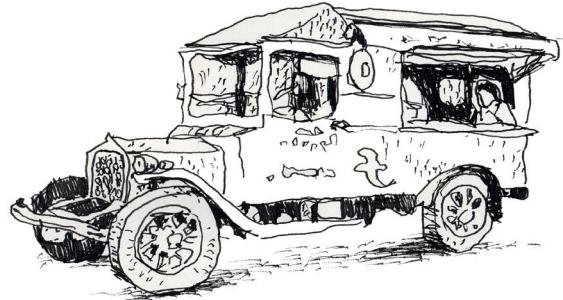
- 11 Advertencia preliminar
- 15 Miradas de un artista andaluz en Lisboa
- 19 Regreso a Lisboa
- 25 Primeros pasos. El Hostal y un lugar donde comer
- 27 El 28 y el Hills. Los tranvías
- 30 Praça do Comercio
- 32 Miradores de Altama
- 32 Barrio da Graça

- 36 Graça y la tradición popular
- 38 Edificios con historia
- 41 Mouraria
- 42 Catedral de la Sé. Igreja de Santa María la Maior
- 45 Los Quioscos
- 46 Tuk-tuk
- 48 Un paseo en Sidecar
- 50 Latas de sardinha
- 55 ¡Buen provecho!
- 57 Barrio Alto y Chiado
- 59 Elevador de Santa Justa



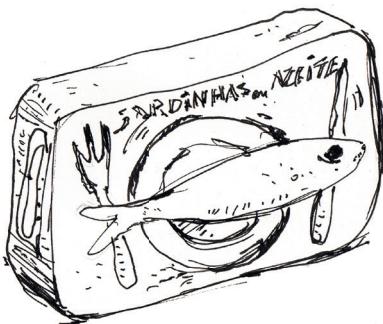
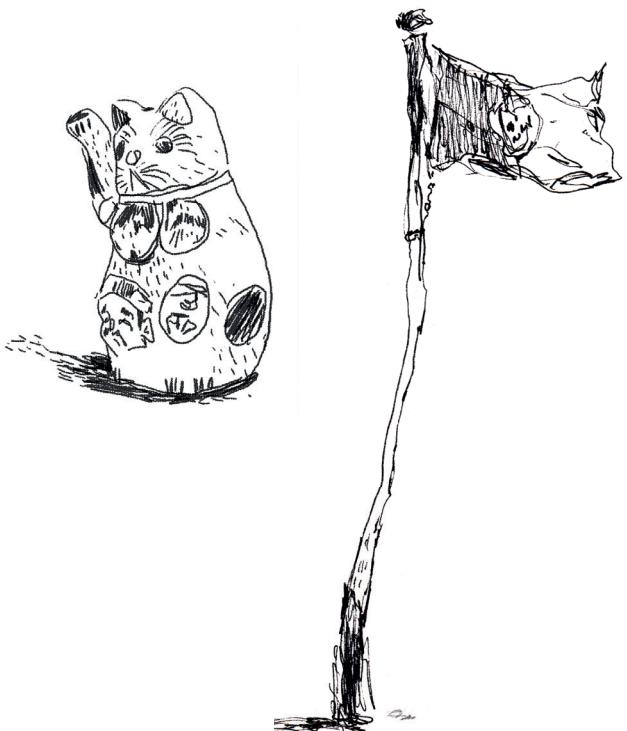


- 60 Itinerario de los Poetas
- 62 El Mercado da Ribeira
- 65 Museo de la Marioneta
- 66 El Teatro Dom Roberto.
La tradición titiritera
de quante
- 70 Las máscaras
- 72 El mundo de Tim Burton
- 76 Museo de Oriente



- 80 Museo del Carris
- 84 Museo del Carruaje

- 90 El barrio de Belém y sus
pastéis
- 92 Museo de Arte, Arquitectura
y Tecnología
- 94 A orillas del río Tajo.
La Torre de Belém



Advertencia preliminar

Esto que podría parecer una guía de viajes al uso no lo es en absoluto. Se hacen referencias a lugares e, incluso, aparece alguna referencia a restaurantes o alojamientos por los que transitó el autor con objeto de conocer mejor la ciudad de Lisboa y, en consecuencia, tenerla más cerca. Miguel Bastante nos ofrece este cuaderno de Lisboa con la intención de que podamos admirar el reflejo, la luz, que la capital lusa dejó sobre el papel de acuarelas que fue parte esencial de su liviano equipaje. Sí que es, por el contrario, un libro de viajes, que no una guía, como lo fueron aquellos textos con los que tanto emocionaron a sus lectores los escritores románticos tras recorrer la península ibérica, o esos otros de la Antigüedad Clásica con los que Homero y Virgilio nos helaron el aliento. *Cuaderno de Lisboa* es un libro de viajes en el que la palabra acompaña la maestría en el dibujo que ya conocíamos del artista, bocetos y apuntes del natural con los que intenta capturar el alma de una ciudad que desde hace años lo mantiene atrapado.

De las muchas maneras que tenemos hoy de viajar, una poco extendida y que podría incluso pasar desapercibida, es esta que ha llevado a cabo Miguel Ángel Bastante, una –en apariencia– sencilla que consiste en, armado de lápiz y papel, caminar libremente por las calles y caminos, abierto al asombro. Ver, observar y llevar al papel lo vivido, que es lo que el artista nos deja en estas páginas. Bocetos que son sentimientos.

Las prisas junto con la incapacidad de poder desconectar de la rutina diaria, de la tensión del trabajo o de cualquier problema de los que asomar puedan a nuestras atribuladas cabezas, impiden disponer del sosiego necesario como para abrir una libreta y escribir impresiones sobre lo que estamos observando o recorriendo; o, como es el caso de este cuaderno lisboeta, de sacar un bloc de dibujo de la mochila y un lápiz del bolsillo de la camisa para anotar, abocetar o dibujar en claras líneas lo que te está limpiando la mente y abriendo el corazón. Para viajar de esta manera, no hacen falta prisas, ni cumplir objetivo alguno, solo dejarse llevar por la intuición o por el viento (¿qué más dará?). El caso es sentir lo que te rodea y, llegado el momento, en un banco, en un

café o venciendo el traqueteo de un tranvía, dibujar. Dejarse llevar. Por ello, la consideración de este cuaderno de Lisboa se aleja de lo que viene a ser una guía para viajeros, siendo, al fin y al cabo, todo aquello que un artista se dispone a ejecutar cuando se enfrenta a una creación: plasmar la emoción que le ha producido un paisaje o una situación. Esto es lo que hace Miguel Bastante en un sencillo cuaderno de campo.

Se ama lo que se conoce, y lo que el artista anota en su cuaderno de dibujo es lo que lleva en su memoria y con pulcritud, trazo a trazo, aprehendiendo todo lo que le rodea, metiéndolo más en el alma que en la sesera. Es consecuentemente esta una manera de viajar más tranquila, reconfortante y nutritiva, hecha con menos prisas y con menos objetivos; diríase incluso sin objetivo alguno, teniendo en cuenta que no hubo más planificación previa que la de volver a una ciudad y vivirla –quiere decirse pasearla, recorrer sus calles y sorprenderse con sus edificios, sus jardines, museos o avenidas–. Se viaja para aprender, tal como hacían esos primeros turistas privilegiados de las familias más adineradas en tiempos ilustrados, cuando se enviaba al primogénito a unos *tours* que duraban meses y a veces incluso años, con la sana intención de que el mayorazgo se consolidara y fortaleciera conociendo otros lugares, aprendiendo otros acentos y, llegado el caso, hasta entablando relaciones comerciales o efectuando compras de objetos de buena factura, un lienzo o una cerámica. Cosas que aquellos jóvenes viajeros consideraran bien hechas. Cosas que consideraban arte.

Aquellos ilustrados con posibles no hacían otra cosa que entender la necesidad de imitar a la nobleza o a la realeza que en otros tiempos hizo algo parecido al enviar a sus hijos a otras cortes, a otras tierras, para conocer con mayor profundidad otros reinos y otros gobiernos, estableciendo lazos y alianzas llegado el caso, acciones que propiciaran ventajas para lograr, en incessante aprendizaje, mejorar el gobierno de las tierras poseídas. De todo este modo de viajar que las clases altas o los gobernantes de ayer –y por supuesto de hoy– siguen practicando, ha quedado para el común de los turistas tan solo lo más superficial, una tremenda avidez por acudir a destinos que les son imprescindibles para la charla en el café o el recurrente tema en la comida o en la fiesta del viernes con los amigos. En mitad de este caos circulatorio que

ha propiciado –y bienvenido sea– el abaratamiento de los costes de desplazamientos, de hospedaje y manutención –cuando el viajar está al alcance de todas las clases sociales–, surgen maneras de viajar distintas, que no deben ser mejores ni peores sino solo eso, distintas –y Hermes, el de los pies alados que protege a los viajeros pero que también algún día nos conducirá al Hades, nos libre de juzgar a nuestros semejantes–. Una de tantas formas e intenciones de viajar es esta que Miguel Bastante ha elegido: la de aprender, conocer, que es el camino correcto que conduce al querer, al amor. De todo esto dan cuenta los bocetos y los cálidos dibujos que nos ha traído de Lisboa, donde estuvo aprendiendo y queriendo a una ciudad que atrapa a quien puede vivirla desde el conocimiento. Esta es razón suficiente como para que los dibujos que hoy se presentan en esta publicación, acompañados de la palabra, no pretendan recoger metódicamente lo más destacado de la ciudad, sino dar cuenta de unos días en Lisboa en los que el artista se aleja de los circuitos turísticos, libre en su deambular y en su sentir. Esperemos que estos dibujos tampoco sean los últimos. Quedan viajes, desplazamientos anhelados que llevarán al artista a continuar su periplo por otros lugares, o por su propia ciudad, o retomar nuevamente la ruta de Lisboa para seguir dibujándola, tal como dice el subtítulo de este *Cuaderno de Lisboa: bocetos y apuntes a corazón abierto*. Ahí están sus dibujos. Disfrútenlos.

Bernardo Romero

Miradas de un artista andaluz en Lisboa

Cualquiera que la haya visitado, sabe que Lisboa rezuma nostalgia.

Lisboa: ciudad de luz y melancolía, de fados que se enredan en el alma y tranvías que trepan cuestas imposibles; Lisboa, donde el Tajo se funde con la mar y los azulejos narran historias de intrépidos navegantes, de poetas y bohemios; Lisboa, la musa que ha inspirado a tantos artistas y que ahora se revela en los trazos y palabras de Miguel Bastante, acuarelista enamorado de sus calles empedradas y sus miradores infinitos.

El cuaderno que el lector tiene entre sus manos no es una guía turística al uso, con mapas detallados e itinerarios bien delimitados. Tampoco se trata de un catálogo de acuarelas comentado y concebido para quienes deseen conocer la técnica pictórica, a modo de un manual para acuarelistas con motivos y parajes lisboetas. Es mucho más que eso: nada menos que un cuaderno de viaje, el diario íntimo de un pintor que ha recorrido la ciudad con los ojos y el corazón bien abiertos al encanto de la capital portuguesa, atrapando su esencia en bocetos y apuntes escritos desde la pureza de quien proyecta mirada de artista. Cual moderno *flâneur*, Bastante se ha dejado inspirar por la intuición en las distintas visitas realizadas a sus emblemáticos lugares y en los paseos por sus callejuelas y avenidas, descubriendo rincones escondidos, enclaves entrañables y momentos únicos que, bajo imágenes y palabras, han quedado inmortalizados en estas páginas.

A través de sus acuarelas, sugerentes y originales, podemos sentir el calor del sol sobre las fachadas de colores, el frescor de la brisa marina en el rostro, el aroma del café recién hecho sentado en la terraza de una cafetería. Sus trazos nos transportan, entre otros, a los barrios históricos de Alfama y Graça, con sus laberínticas callejuelas y sus casas adornadas con azulejos; a la elegante Baixa, con sus plazas majestuosas y sus tiendas tradicionales; al bohemio Chiado, refugio de artistas y escritores; o al moderno Parque de las Naciones, con su arquitectura vanguardista y su ambiente cosmopolita. Sus dibujos, como ventanas abiertas de par en par al alma de la ciudad, nos revelan la belleza escondida en

los detalles: la sombra de un jacaranda dibujando encajes sobre una fachada de azulejos, la sonrisa de un pescador curtida por el sol y el salitre en Alfama, el vuelo grácil de una gaviota recortándose contra la majestuosidad de la Torre de Belém.

Este no es un libro para devorar con prisas, sino para degustar lentamente, como un vino añejo de Oporto. Se presta a que las imágenes y las palabras te envuelvan y te transporten a un universo donde el tiempo se detiene y la belleza se despliega en cada esquina, en cada plaza, en cada mirada. Pero no se reduce tampoco y sin más este cuaderno a un recorrido visual por Lisboa. Trasluce sobre todo un viaje interior, la reflexión de un esteta sobre el arte de viajar, sobre la importancia de detenerse a observar, de dejarse sorprender por lo inesperado, de conectar con la gente y la cultura del lugar. Miguel Bastante nos invita a seguir sus pasos, a perdernos por las calles de Lisboa sin rumbo fijo ni plan prefijado, a descubrir la ciudad a nuestro propio ritmo, con la curiosidad y la inocencia de un niño con todo un mundo por descubrir y vivir.

Entre sus páginas, el lector hallará apuntes sobre la historia y las tradiciones de Lisboa, anécdotas de su gente o recomendaciones de restaurantes y cafés; pero, sobre todo, podrá disfrutar de la visión personal y única de un artista que ha sabido captar la magia de esta ciudad milenaria. Sus palabras, sencillas y evocadoras, encierran una buena dosis de *saudade*, ese sentimiento de nostalgia y añoranza tan portugués que sugiere la belleza de lo efímero, invitando a vivir el presente con intensidad.

Sin lugar a dudas, puede considerarse este libro un regalo para los sentidos, pero también una carta de presentación original y creativa de la ciudad portuguesa. Déjese el lector seducir por sus páginas, sumergirse en sus colores y texturas o deleitarse con la limpidez de sus palabras. A quien no haya tenido aún el placer de conocerla, me atrevo a augurarle que, tras haber leído este libro, quizás arda en deseos de visitar Lisboa por primera vez, de atravesar sus calles animado por la mirada del artista, de descubrir la ciudad que se esconde detrás de las postales y los tópicos; pero también le ocurrirá a quien ya la haya visitado, una o muchas veces, pues este cuaderno le ofrecerá el estímulo necesario para

querer volver a viajar a la capital lusa desde una nueva perspectiva y así redescubrirla como por primera vez.

Porque Lisboa es, a todas luces, una ciudad para vivirla, para sentirla, para amarla. Y este cuaderno de viaje, testimonio de un artista andaluz en Lisboa, es una manera ideal de empezar a hacerlo.

José Antonio Cabrera Rodríguez

«Mis amigos son todos así: Mitad locura, otra mitad santidad. No los escojo por la piel sino por la pupila, que ha de tener un brillo cuestionador y una tonalidad inquietante.

Escojo a mis amigos por la cara lavada y el alma expuesta. No quiero solo el hombro o el regazo, quiero también su mayor alegría.

El amigo que no sabe reír conmigo, no sabe sufrir conmigo...».

«Estoy sentado a mi mesa, con mi papel y mis plumas, y de pronto me asalta el misterio del universo; me detengo, tiemblo, siento miedo, y me gustaría dejar de sentir, ocultarme, golpear la cabeza contra la pared. Feliz aquel que es capaz de pensar profundamente; pero sentir con esa profundidad es una maldición».

Fernando Pessoa

Regreso a Lisboa

Por fin, de vuelta a Lisboa. Dicen que es la ciudad más antigua de Europa, la ciudad de las siete colinas, de los miradores y barrios llenos de historias. Para mí, sin duda, es la ciudad más hermosa y caótica que me ha hecho tantas veces feliz, y que me ha acompañado en el recuerdo, dejándome nostálgico en mi regreso al hogar. Los portugueses lo suelen llamar *saudade*, echar de menos en cuerpo y alma, deseando constantemente regresar a lo que amas. En esta ocasión, un lápiz y un cuaderno fueron mis compañeros de viaje para subirme a donde quiera que me llevara esta aventura, sin prisas, pero con las ganas de recoger uno más de mis encuentros con Lisboa. Coloqué en mi mochila papel de acuarelas para sentir la ciudad, cual notario fiel dispuesto a certificar una atmósfera que me cautivó desde la primera vez que pisé sus calles. He procurado dejar constancia de cada uno de los pasos que me llevaron a tomar el pulso de esta ciudad para ofrecer luego este apresurado diario como invitación a quienes busquen dejarse llevar por una ciudad recogida en su historia y por el bullicio de sus calles, asomándome a sus

barrios que miran y respiran el mar desde lo alto, o cruzando plazas y paseos. He procurado dar a conocer los escondidos rincones pintorescos y descubrir las grandes avenidas de una capital europea que son trasunto de un recorrido por las cinco últimas centurias de Lisboa, por su historia latiendo sobre el plano. He querido compartir esta experiencia y dibujar la ciudad desde sus fachadas, asomado desde sus azoteas o encaramado bajo sus tejados, andando por una ciudad que guardo a todo color en mi memoria y cuyas vivencias quedarán estampadas en estas páginas, fiel reconstrucción de la ciudad que hace años me cautivó.

Este trabajo es el relato a lápiz de los retazos de una capitalemplazada en los confines más occidentales de Europa, en torno a las riberas últimas del Tajo allá donde se va a confundir con la mar. La vida lisboeta aquí rememorada transcurre entre dos hitos arquitectónicos e históricos alejados en el tiempo, la torre Vasco de Gama, erigida para la Expo del 98 y dedicada a los océanos como armazón de un futuro venturoso; y la torre de Belém, construida en 1516 por el rey Manuel I o *Bem Afortunado* como fortaleza defensiva y guía para unos navegantes (quienes, a su servicio, abrieron la ruta hacia las Indias por el cabo de Buena Esperanza y, posteriormente, hacia las tierras recién descubiertas del Brasil). Modernidad e historia confluyen en un país asomado al mar Atlántico. Con estos apuntes cierro la maleta. Viajar desde Sevilla a Lisboa es solo un paseo.

Los primeros bocetos realizados en esta ciudad los fui pergeñando en el camino. Antes de salir de Andalucía ya tenía una idea de cómo quedaría en el papel la Baixa, el barrio más céntrico y animado de Lisboa. Fui esbozando en mi mente un dibujo panorámico de la plaza más concurrida, la Praça do Comercio, con sus tranvías traqueteando la más típica imagen de Lisboa; y, ya dejando atrás las últimas estribaciones de la Sierra Morena, camino de Serpa, recordé el Chiado desde la Baixa, o Alfama con el Castillo de San Jorge y el elevador de Santa Justa del Barrio Alto. Lisboa se apelotonaba en mi memoria. Me adentraba ya en el Alentejo cuando meditaba sobre los apuntes de la Praça do Comercio que estaba decidido a esbozar nada más llegar a la ciudad, y me llamaba el barrio de Alfama, uno de los más antiguos y con más sabor de Lisboa. Así ocurrió.

Tras llegar a Lisboa, dejar aparcado cerca del hotel el coche y deshacer en la habitación la mochila y las maletas, corrí con ansiedad a la Praça do Comércio para dibujar los primeros apuntes y tomar enseguida el tranvía 28 e ir directo hacia Alfama. Comenzaba, sin tiempo para el descanso, un viaje a Lisboa armado de lápiz, papel y amor por una ciudad que te atrapa desde la primera vez que la visitas.

Al poco de tomar los primeros apuntes de la Praça do Comercio, me encontraba en el viejo Alfama, ilustrando bocetos de los balcones y fachadas de aquellos edificios históricos al más puro estilo manuelino, trazando sobre el papel una panorámica del barrio, divisando el Tajo desde sus espectaculares miradores. Sorprende comprobar como desde cualquiera de ellos se puede contemplar el gran río hasta perderse la vista en el horizonte; una escena sublime para vislumbrar el cauce de un curso de agua que fluye silencioso y tranquilo, apenas alterada aquella paz por el cercano transitar de los viejos tranvías, el parlotear de los turistas o el piar de los pájaros. Antes de regresar a la zona baja, quise subir hasta el mirador da Senhora do Monte, situado en uno de los puntos más altos de Lisboa. Allí, rodeado de pinos, sin notar el paso de las horas, continué tomando apuntes, notas apresuradas con un lápiz que, como quien lo manejaba, no conocía el descanso. Fueron desvelándose sobre el papel vistas de toda la ciudad, el castillo de San Jorge, las ruinas abiertas al cielo del convento do Carmo y toda la Baixa. Al terminar, retomé el tranvía 28 hasta la Catedral da Sé y nuevamente fui de vuelta a la Praça do Comercio. Ya habiendo anochecido, lápiz y viajero estaban descansando en el hostal.

Desperté con la luz cegadora de Lisboa en los ojos. Las cortinas estaban descorridas y despuntaba la mañana con el sol en lo alto. Armado de los rudimentos mínimos del dibujo y con prisas por retratar la ciudad, casi olvidé tomar un desayuno ligero. En las puertas mismas del hotel y observando el ir y venir de la gente, sentí cierto vacío en el estómago. Media vuelta y al desayuno internacional. Repuestas las fuerzas, llegué en pocos minutos al oeste de la Baixa, disfrutando al abocetar mis impresiones por las calles del Barrio Alto y el Chiado. Al toparme con la plaza Luís Camões, frente al café A Brasileira, dirigí la vista y el lápiz hacia Pessoa, hacia la conocida estampa del escritor apoyado pensativo

sobre una mesa, descansando quizás de sus paseos para encaminarse más tarde hacia Chiado. Poco después hice otra parada para abocetar las vistas de sus grandes miradores, como el de San Pedro de Alcántara o el de Santa Catarina. Tal vez, uno de los bocetos que me pareció más complejo por su perspectiva fue el Elevador de Santa Justa, construido en pleno centro turístico, conectando la Baixa con el Barrio Alto. Como era de esperar, este momento llamaba al asueto para subir al espectacular mirador donde disfrutar de un rato de esparcimiento en la pequeña cafetería ubicada en su parte superior.

De vuelta a la Plaza del Comercio, me dirigí a la ribera del Tajo para perderme por el barrio de Cais de Sodré, uno de los mejores lugares para comer en Lisboa y donde no pudo faltar la visita al Mercado da Ribeira. Es en el corazón de este barrio donde se encuentra la Praça do Municipio y el Ayuntamiento. Comer en Lisboa es un dilema difícil de resolver. La cocina lisboeta participa de un particular y característico diccionario gastronómico que recorre de norte a sur todo Portugal. La tomes por donde la tomes, la carta te va a sumergir en un mar de dudas: *bacalhau à brás*, *caldeirada*, *porco à alentejana*, *caldo verde*, *sardinhas*, *feijoada de lingueirão*, *frango piri piri*, *uma francesinha*, y *pastéis de Belém* o *pão de ló* para culminar una experiencia única y maravillosa.

Tras parar para comer en una limpia y acogedora taberna, tomé el moderno tranvía 15 para, desde Cais de Sodré, disponerme a recorrer las zonas más alejadas del centro, como el barrio de Belém y lo que viene a ser una postal insignia de Lisboa, el conjunto de la torre de Belém y el Monasterio de los Jerónimos. Este tranvía circula por la Avenida 24 de julho, uniendo el levante con el poniente de Lisboa, de modo que una vez pasado el barrio de Cais do Sodré, pude hacer un alto en el barrio de Madragoa para visitar el Museo de la Marioneta. De nuevo en el tranvía, más o menos a mitad de trayecto, cuando la avenida pasa a llamarse Avenida da Índia, me detuve a visitar el Museo de Oriente. Luego, reanudé mi recorrido en el 15 hasta el Barrio de Belém, donde pude merendar y tomar un café en Pastéis de Belém. Por aquella zona, a orillas del río, seguí inundando de luz mi cuaderno de campo, tanto en el Museo de Arte, Arquitectura y Tecnología, como en la torre de Belém recortada entre el mar y el sol.

Todos estos lugares son los que he dibujado y sentido, bocetos que quedan recogidos tal cual en este libro que el lector tiene ahora en sus manos. A veces, el cuaderno ofrece una breve estampa o un edificio, otras, un espacio arquitectónico y, en ciertos momentos de asueto, lo que tenía sobre un mantel o delante de mis ojos; bocetos que completan un cuaderno de campo que retrata, en breves y sueltas pinceladas, lo que ve y siente un forastero atrapado, tiempo ha, en la mágica visión de una ciudad encantadora: Lisboa.

Miguel Bastante